

INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE EL HOMBRE

Don Vasco de Quiroga  
y la  
Ciudad de Pátzcuaro

ANTONIO ARRIAGA OCHOA

DISCURSO EN MEMORIA DEL PROFESOR  
ANTONIO ARRIAGA OCHOA

MANUEL ARELLANO Z.



MÉXICO

EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A.

1978

INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE EL HOMBRE

Don Vasco de Quiroga  
y la  
Ciudad de Pátzcuaro

ANTONIO ARRIAGA OCHOA

DISCURSO EN MEMORIA DEL PROFESOR  
ANTONIO ARRIAGA OCHOA

MANUEL ARELLANO Z.



MÉXICO

EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A.

1978

La publicación se integra al homenaje del IV aniversario del fallecimiento del maestro, historiador, político, Antonio Arriaga Ochoa y a la develación de la placa que conmemora su nacimiento en la ciudad de Pátzcuaro.

**H**ACE precisamente un año, como en repetidas ocasiones lo hice, acompañé al aeropuerto a mi maestro y ejemplar amigo don Antonio Arriaga Ochoa. Pero en esta vez todo fue distinto, faltó su alegre charla, el entusiasmo por el viaje y los comentarios, los encargos y tareas que habrían de realizarse. Todo era silencio. Prevalecía en aquellos momentos el lúgubre mutismo que impone la muerte, esa conclusión del aliento vital que de pronto detiene en el tiempo y el espacio la existencia del hombre. Era un cortejo triste, de profundo abatimiento. Parecía que en aquella mañana flotaba en el firmamento un crespón formado de nubes grises.

Llegamos hasta el hangar presidencial donde aguardaba la aeronave destinada por el Primer Mandatario del País para trasladar por última vez en el cielo de México, los restos mortales de quien fue en vida y seguirá siendo en el recuerdo, ejemplar ciudadano.

Aún están presentes en mi mente las imágenes del momento en que familiares, amigos y un grupo de trabajadores del Museo Nacional, vestidos con sus ropas de trabajo, enjugaban sus lágrimas, vertidas en duelo para quien fuera, durante años, su cordial compañero y jefe. Custodiaban el cuerpo del maestro depositado en el interior del avión. Todos permanecieron inmóviles hasta que la nave celeste inició el vuelo. La historia señalaba el momento, en que uno de sus más fervientes impulsores, penetraba a los umbrales del recinto de los ilustres en la cultura mexicana.

No se pronunciaba una palabra. Un viento frío golpeaba en los rostros. Qué podía lacerarnos, si lo que estaba estremeciendo el interior de nuestros pensamientos era el frío de la ausencia, la partida al infinito de un ser. La eternidad es tan inmensa que nos impresiona y nos aterra. Sentimos la pequeñez del hombre ante esa medida que rebasa lo humano.

Cuando queda el vacío de algo que se estima, nos inunda la congoja y se pretende aprisionar con los recuerdos las características de la persona, el timbre de su voz, la forma y expresión de su carácter, es decir, se ve al hombre, valorando sus luces y sus sombras.

En la vida de Antonio Arriaga, hay tal luminosidad

que las sombras que pudieron haber existido se diluyen por la claridad de su nobleza. Es entonces cuando se hacen las remembranzas y se agolpan en nuestro pensamiento las imágenes; se reviven los momentos y se analizan las circunstancias y los acontecimientos que logran tranquilizar fugazmente la angustia de nuestro espíritu.

Un año ha transcurrido y en la distancia sigue presente el recuerdo de la figura bondadosa y noble de Antonio Arriaga. Es por eso que nos reunimos para rendirle un merecido y sincero homenaje. Quizá no esté mi expresión a la altura de los merecimientos de este hombre ejemplar. Qué puedo decir acerca de él cuando en Michoacán se conoce su obra. Si aquí en este edificio que albergó su alma y sus ilusiones aún resuena su voz y se siente vibrar su entusiasmo creador; si en estas salas del Museo, está la expresión misma del creador. Cuántos de ustedes, podrían hablar mucho mejor de él, de sus años juveniles compartidos, de su papel como abogado honesto, de su actuación como procurador de justicia, defensor de la Ley, del maestro y regente del Colegio de San Nicolás, o bien de su acción como representante popular y desde luego, de la amis-

tad, porque entre los rostros que contemplo reconozco a muchos de sus compañeros de ilusiones y realidades.

Si hubiera tratado de integrar una biografía abundante de fechas y datos, quizá resultara inexpresiva y no reflejara el sentimiento que en estos instante conmueve mi ser. No pretendo simplemente analizar una obra, sino algo de mayor trascendencia: honrar dignamente a un gran hombre.

Permítaseme, en esta ocasión volcar el ánfora de la emoción y el sentimiento, y hablar del Antonio Arriaga que conocí, quien fuera mi maestro y director del Museo Nacional de Historia, permitidme que exprese lo que en los últimos once años de su vida comprendí de él, porque durante ese tiempo compartimos diariamente el trabajo. Así me enteré de sus horas de cansancio y de alegría, de las que le causaron profunda angustia y las que le dieron satisfacción, de la tristeza que originaron incompreensiones y desagradecidos personajes. Puedo decir, que nada me ha producido mayor orgullo que haber colaborado con él, ya que el mandato de tan ilustre mexicano, no fue sino la expresión misma de su amistad respetable y eminentemente intelectual.

Este será mi juicio en relación al hombre, al intelectual, al orador y escritor, al maestro y amigo, al funcio-

nario y al político, al filántropo, al apasionado michoacano y al nacionalista, republicano y liberal, porque esto y más significa la trayectoria de su vida.

Arriaga cimentó la solidez de su obra y la claridad de su talento lo puso en el lugar que con justo derecho hoy le reconocemos. Nada fue más característico de él que su modestia y sencillez, llevada hasta la humildad extrema.

Me consta, que llegó al final de su vida con la conciencia tranquila, resultado de su conducta honesta. Tenía como patrimonio, un anhelo creciente por aprender, un deseo jamás satisfecho de escribir, sentía la desesperación de los predestinados que poseen el ideal permanente de crear. Por todo ello será recordado a través de las épocas futuras.

Lo conocí cuando su talento le había conducido al distinguido cargo de director del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec. Había pasado meses amargos, que sólo él podía superar, un grave accidente lo había postrado en silla de ruedas, invalidándolo durante mucho tiempo y comenzaba a rehabilitarse para volver a caminar. Nada podía detener a Antonio Arriaga, porque era sobre todo una voluntad, y tenía una alegría inmedida por vivir.

Aún le recuerdo en su casa, encerrado en sus pensamientos y sentado en el sillón favorito de su biblioteca, que amaba apasionadamente y había integrado durante el transcurso de toda su vida. Conservaba los primeros libros que le regalara su progenitor y se complacía en referir que habían sido los de Lucas Alamán.

En aquella biblioteca frontera al jardín que tanto cuidó y en el que se deleitaba viendo florecer sus dalias, rosas y hortensias, gustaba de leer, y conforme avanzaba su lectura anotaba en las últimas páginas de los libros las ideas que sintetizaba, y así, esa biblioteca en conjunto no es sólo una colección simple de buenas y selectas obras impresas, sino que contiene manuscritos los juicios y expresiones, que por sí mismos nos indican la ideología de su lector. Cuando surgía en su mente la idea de una obra nueva, un artículo periodístico, un discurso o una conferencia, tomaba su libreta de notas e iniciaba el escrito que sería la base de su creación. Así era, casi todos los días, sobre todo en las mañanas o las noches cuando las labores obligadas de funcionario y sus tareas de maestro concluían. El estudio, era en él una pasión ingénita, le causaba alegría aprender algo, descubrir un dato, encontrar la síntesis de una obra y redescubrir a un personaje.

Cuando llegaba a su oficina, desde cuyos ventanales se dominaba el paisaje del bosque y del lago de Chapultepec, así como las lomas de Santa Fe, que siempre le recordaban los andares de Don Vasco de Quiroga, dictaba a su secretaria sus pensamientos, que posteriormente eran reunidos cuidadosamente.

Entre sus amigos intelectuales, escritores, periodistas y artistas, aún recuerdo sus charlas con Isidro Fabela, Carlos Pellicer, Sol Arguedas, Daniel Rubín de la Borbolla, Mauricio Magdaleno, David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, Juan O'Gorman. Sería largo enumerar a todos sus amigos, porque los más distinguidos hombres y mujeres en todos los campos del conocimiento, en la ciencia, la técnica y el arte, fueron amistades suyas, ya que él formó parte del mundo intelectual de México, y su proyección no fue sólo nacional, sino internacional, ¿quién no recuerda el entrañable afecto que le profesó el ilustre Rómulo Gallegos?

En el Castillo de Chapultepec, se daban cita los más distinguidos pensadores, tanto jóvenes como viejos. De aquellas reuniones surgían cosas nuevas. Era un intercambio continuo de ideas. La personalidad de don Antonio, era el eslabón integrador y su hospitalidad era el mejor aliciente que se podía tener.



Fue un hombre de ingenio sutil y de frases certeras y justas, demoledoras a veces, pero jamás ofendía a nadie y era de su complacencia defender al débil. No era una mente para destruir, sino al contrario había nacido para crear. Cada vez que un juicio era emitido escuchaba con atención y cuando terminaba el expositor apoyaba o reprobaba lo expuesto con su claro, honesto, característico y provinciano lenguaje, y esa virtud que pecaba a veces de ingenuidad por la veracidad, le elevaba sobre sus interlocutores.

Quien le conocía, lo admiraba, quien lo conoció lo estimó. Con cuánta razón escribió Rafael Solana que aquellas reuniones eran la fuente de la cultura contemporánea, porque en ella se integraban los pensadores, congregados por el afecto de Arriaga.

En ese círculo forjado entre la biblioteca de su casa, las salas del museo, sus clases de maestro, su pasión por el estudio de los archivos y las reuniones del Castillo de Chapultepec, surgieron obras importantes que le situaron como distinguido escritor, entre ellas los tomos de la Biblioteca Michoacana, Los Anales del Museo, la Pintura popular del siglo XIX, y desde luego "La Patria Recobrada", libro que tantas ingraticudes le costó, que desenlazó egoísmos y desventuras por su bon-

dad; que le prodigó incomprensión entre los que son incapaces de hacer cosas con pasión y cariño.

Don Antonio, jamás medró con su talento, y quien tanto hizo, murió sufriendo estrecheces económicas, porque en sus bolsillos sólo guardó el producto de su trabajo. Fue un apóstol de la historia. Eso nadie podrá discutirlo. Hizo que las instituciones de cultura se convirtieran en un libro abierto para el pueblo.

Su obra de intelectual, eminentemente didáctica, desprovista de vanidad, es todo un momento, una muestra del maestro que fue; del instructor, del que trasmite sin egoísmos lo que ha aprendido.

Consideraba el ejercicio del magisterio un privilegio que no sólo beneficiaba a los discípulos sino al propio, verdadero maestro, que siente pasión por la educación, y de esa manera lograba desarrollar su capacidad, integraba su pensamiento, apreciando justamente las circunstancias que originan los hechos históricos.

A lo largo de toda su existencia fueron varias las generaciones jóvenes que abrevaron en la fuente de sus conocimientos. Consideraba una obligación fortalecer, remodelar el carácter de las juventudes para hacer fructificar los renuevos de la sociedad. Predicaba que el hombre es a la educación como la semilla a la buena

tierra y que en la medida de las circunstancias se regula su desarrollo.

Afirmaba que un maestro no debe ser un repetidor de lecciones ni un expositor de libros sino fundamentalmente un creador de ideales, un trasmisor de conocimientos, de perspectivas propias, claras, precisas, de manera que no se desoriente la conducta, ni el criterio, ni la vida en plenitud de los jóvenes. Un maestro deshumanizado, decía, produce el desencanto de las generaciones y causa un derroche de energías y talentos.

Muchas veces enfermo, cansado y abatido, tomaba su portafolio de maestro y acudía a la preparatoria a cumplir con esa juventud que siempre buscó su desinteresado consejo. Don Antonio, podría perder todo menos las clases. Era su mayor alegría asistir a diversos puntos del país para dictar conferencias a los estudiantes, por eso su personalidad fue conocida a través de las aulas de toda la nación.

Su verbo fácil, su estilo claro, su voz pausada y tranquila, caracterizaban sus intervenciones oratorias, siempre engalanadas con la emoción del patriotismo. ¿Quién no recuerda sus discursos sobre liberalismo, la bienvenida que dio a las banderas recobradas que devolvió Francia; los homenajes que rindió permanente-

mente a Miguel Hidalgo y a José Ma. Morelos; su veneración a Don Vasco de Quiroga, el admirado fundador de pueblos, cuyas huellas parece seguir Arriaga en el sendero de la historia? Fue admirable su pasión al hablar de Juárez, de Vicente Guerrero y de los revolucionarios Madero y Carranza. Quien lo haya escuchado no olvidará sus conferencias en las universidades, en los museos, y en el Colegio Militar. A los jóvenes les hablaba de la “guerra de guerrillas”, de la lucha contra la intervención extranjera, bien fuera europea o norteamericana, del colonialismo económico y de los medios para combatirlo.

Gran orador, que jamás sintió temor ante su público, porque cuando se habla con la verdad, con las convicciones bien arraigadas en la conciencia, no se puede tener la inseguridad de quien no siente lo que dice, no cree en lo que predica, o no sabe de lo que habla.

Su posición de director del Museo Nacional de Historia le obligaba a llevar una vida permanente de relaciones en diversos niveles, desde el diplomático, hasta el de divulgación por todos los medios modernos de comunicación; el de conferencista participante en con-



gresos y viajero obligado a actos conmemorativos y homenajes, pero, lo que más le apasionaba era que visitaran su museo; el recorría las salas dos o más veces al día, a pesar de su enfermedad.

Para nadie es un secreto que fue el transformador de los conceptos museográficos que pregonaban la exhibición de las cosas por su valor sin preocuparse de lo que representaban. Para Don Antonio, fue más importante el significado en sí; de esa forma salían de la parte más recóndita de su pensamiento las explicaciones, solazándose en señalar lo que diversos ropajes, libros, objetos, banderas, habían representado en la lucha del pueblo por conseguir su libertad e integrar sus instituciones.

Las ventanas del Museo Nacional, por años tapiadas, fueron abiertas nuevamente, y con las luces que penetraban empezaron a surgir las obras de los artistas que acudían invitados por Don Antonio a pintar los murales que fueran una lección permanente. Ahí concurren Siqueiros, O'Gorman, González Camarena, Reyes Meza, González Orozco, para completar la obra iniciada por José Clemente Orozco y sus manos creadoras dirigidas por sus mentes de proyección universal

plasmaron vigorosamente personajes y sucesos importantes de la historia nacional.

Como casi todas las instituciones de cultura, el museo contaba con un precario presupuesto, pero el director conseguía lo necesario para continuar su obra. Sus amigos, que eran numerosos, siempre estuvieron prestos a entregar sus donativos, porque sabían que nunca serían mejor utilizados que en una institución dirigida por las manos honradas del gran michoacano. La forma en que aparecieron nuevas obras de arte y objetos importantes de la historia en cada una de las salas, hicieron exclamar a la distinguida dama, entonces Subsecretaria de asuntos culturales, Doña Amalia Castillo Ledón, que Don Antonio parecía un mago y que de sus manos taumaturgas brotaba todo aquello que incrementaba el tesoro del patrimonio nacional.

Más, sobre todos estos intereses, uno prevalecía siempre, el museo michoacano, su amado y querido museo, el primogénito de los hijos de su idea. Este museo que fue surgiendo de sus afanes y esfuerzos, que cobró vida y fue ejemplo dinámico de institución, donde se han escuchado las voces que forman el mundo del pensamiento contemporáneo. La verdad es que, él deseaba

morir aquí, y es que jamás pensó que, por el contrario, aquí es donde no morirá jamás, porque su alma vivirá incrustada en la materia de las baldosas y las canteras de los soportales y las arcadas que integran el edificio colosal.

Los viajes continuos a esta ciudad que tanto quiso y veneró, demuestran la acción incansable de este michoacano que jamás perdió las características provincianas de su tierra, ya que llevaba impregnadas en sus retinas los paisajes del lago que lleva el nombre de su pueblo natal. Y, cómo no habría de amar a este suelo de México, si conocía la esencia histórica de su pasado y estaba arraigado profundamente a sus costumbres y tradiciones. Cada día de su vida, alguna parte de Michoacán estuvo presente siempre, bien fuera en sus caudillos libertarios, en sus pensadores, en sus antiguos y modernos habitantes, en su arquitectura y en la semblanza de su propia vida.

Se dice que al hombre se le conoce por sus obras, y las de Antonio Arriaga no tiene medida, como humanista y humanitario a la vez. Humanista porque sentía los problemas universales inherentes a la sociedad y comprendiéndolos aplicaba sus esfuerzos a coadyuvar

en la medida de sus posibilidades, a explicarlos y orientar las opiniones. Como humanitario siempre actuó en ayuda del desvalido y dio el consuelo necesario a los atribulados por la aflicción y la angustia.

Señoras y señores, para finalizar, quiero añadir que Don Antonio fue un predestinado y por tanto no se le comprendió lo suficiente

Sus virtudes fuera de lo normal, conjugadas en su personalidad, no podían estar al alcance de la comprensión de su tiempo; conforme transcurran los años será aquilatada su obra con mayor justicia y estoy cierto que desde ahora se le extraña y se le recuerda con afecto, no sólo en este museo sino en todos los sitios en los que plasmó la huella de su apostolado cultural. De él se podría decir con justicia que fue como un santo laico, porque jamás lo tentaron ni el egoísmo ni la envidia, ni la injusticia o el rencor. Perdonó a sus detractores y más de una vez tendió la mano amiga a quienes lo llegaron a ofender o pretendieron causarle daño.

Amigo de presidentes, secretarios de Estado y gobernadores, jamás solicitó canongías o favores para su particular interés. No era su ideal valerse de la amistad para obtener el poder y usufructuarlo. Su esfuerzo no

fue inútil, creó instituciones, escribió libros, forjó generaciones de nuevos mexicanos que no lo olvidarán porque llevan en su pensamiento la semilla del respeto a la libertad y a la justicia, por la cultura y el trabajo.

En su persona se reunieron características de los hombres ejemplares que estudió, por eso quizá en sus últimos años estuvo influenciado por la vida y la obra de Don Vasco de Quiroga, de quien supo desde sus más tempranos años transcurridos en su Pátzcuaro natal.

Podríamos tomar algunas de sus frases para describir su vida, por ejemplo: que fue “una flecha de fuego lanzada hacia un ideal, y esa flecha aún tiembla clavada en el alma de México.”

Reconocemos que fue oportuno con su obra y justo con sus enseñanzas. Hombre que vivió para la cultura y murió en la cultura. Su éxito perdurará mientras su ideario se vea acrecentado y cumplido en las instituciones que creó y por los hombres a quienes instruyó. Su recuerdo estará presente mientras los viajeros se sigan deteniendo a admirar la casa de los once patios y la estatua de Don Vasco de Quiroga en Pátzcuaro; así mismo, mientras permanezca en pie la Huatapera. Su obra, en fin, será permanente en tanto se sigan escu-

chando en este museo las voces de los pensadores. Su ejemplo será vigente si en Santa Clara del Cobre se continúa martillando el metal, y al Museo Nacional acude la niñez a conocer la historia de México.

MANUEL ARELLANO Z.  
Morelia, enero de 1976.

DON VASCO DE QUIROGA Y LA  
CIUDAD DE PATZCUARO

*Antonio Arriaga*

SEGUN la Relación de Michoacán, el nombre original de Pátzcuaro fue el de Tzacapu-Hamacutin Pátzcuaro, que significa “en donde está la piedra que señala la entrada al paraíso”, o sea la entrada al Tlalocan tarasco.

Don Vasco de Quiroga, reconstructor de Pátzcuaro y seguidor de la tradición indígena, resolvió construir en el mismo sitio la ciudad colonial, desde donde el culto religioso llevaría a los indígenas al cielo. Tradicionalista genial, superpuso la colonia a la época precortesiana.

La puerta del cielo por donde acudían y subían los dioses tarascos estaba en el lugar llamado Petazecua, que eran unas peñas sobre alto, encima de las cuales asentaron sus cúes. Hoy día se encuentra allí la huerta del templo de la Compañía.

En sus correrías por las orillas del lago llegaron los tarascos a una región boscosa cerrada de grandes pinos

y encinos y siguieron el único camino señalado por el río Guani. Dice la relación: “Estaba todo cerrado con árboles y con encinas grandes y llegaron a la fuente del patio del Obispado, lugar en donde nace el manantial descubierto por Don Vasco y llamaron aquel lugar Cuirisquataro y vinieron y descendieron hasta la casa que tiene ahora don Pedro Gobernador de la ciudad de Michoacán: luego descubrieron los cuatro peñascos que recibieron el nombre representativo de los cuatro dioses”.

Así surgió el Pátzcuaro precortesiano: “después a mano de tierra, sacando por algunas partes las paredes de piedra para igualarlo y allanarle, formaron la plazuela de la Basílica de La Salud, con sus grandes rampas que bajaban hasta el lago y se convirtieron en arterias de la nueva ciudad; la gran plaza ceremonial se encuentra en el mismo sitio aprovechado por los españoles como corazón de la nueva población.”

Así topamos con el nacimiento de Pátzcuaro: una ciudad nueva, superpuesta a la antigua indígena. Don Vasco aprovechó hábilmente la gran plaza ceremonial en que los tarascos enterraban a sus muertos, como se comprueba con los numerosos entierros encontrados. La plazuela de la basílica construida por los primitivos

pobladores fue el sitio escogido para su gran utopía arquitectónica: construir la catedral más grande de la cristiandad americana, concebida con cinco grandes naves en forma de mano y dominando el paisaje del lago.

Un mundo de formas surgió de los artistas tarascos; gran sentido de la plástica se refleja en sus estatuillas e idolillos, de las cuales está ausente el espectacular dramatismo de los escultores de Colima y Nayarit; sus joyas de obsidiana, de gran fragilidad, con incrustaciones de oro y turquesas, las orejeras de oro adornadas con plumas de colibríes, y las pinzas de plata, tienen la misma belleza y proporción de las esculturas tarasca. La cerámica aparece como obra de filigrana decorada con grecas o con los animales sagrados de la tribu: coyotes y garzas estilizadas, o con las flores de la región como la apatzecua (flor de muerto). Todos estos elementos dieron su propia personalidad a la cultura tarasca. Las formas más variadas en la cerámica policromada aparecen como reflejo de un pueblo con mentalidad de artista.

Diversas corrientes culturales fueron acogidas por la cultura tarasca, como la llevada por la migración nahua a Pátzcuaro según aparece en el Lienzo de Jucu-



tácato, que introdujo la orfebrería, según se desprende de la interpretación realizada por Wigberto Jiménez Moreno.

En dos grandes vasijas localizadas en la región arqueológica de Jiquilpan aparecen los sacerdotes usando grandes mantos de plumas de colibríes y soberbios penachos; fabricaron ídolos con la médula del maíz y decoraron lacas con gran primor. Utilizaron todos los elementos de la tierra para integrar la cultura.

Don Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, tuvo la virtud de saber aprovechar la cultura tarasca y proyectarla en una nueva etapa de su desarrollo.

Cuando llegó don Vasco, no existía ya el organizado panorama descrito por la Relación de Michoacán. Los indígenas habían huido al monte refugiándose de las persecuciones de Nuño Beltrán de Guzmán; Pátzcuaro estaba arrasado y quemados los templos de Tzintzuntzan.

Para los tarascos, los españoles eran seres, montados a caballo en loca persecución de joyas y piedras preciosas. Pero el español don Vasco de Quiroga descubrió al hombre desconocido de Michoacán, al artista ignorado. Grandemente humano y con genio extraordinario, no solamente buscó a grandes maestros como Fray

Alonso de la Veracruz para cristianizar y civilizar a los tarascos, sino además descubrió al artista ignorado que, sin saberlo él mismo, dejaba estampada una huella de su alma al dibujar un adorno en una vasija de barro o en una laca prodigiosa. Vasco de Quiroga descubrió en el mundo de los humildes a sus artistas anónimos.

Las colecciones del Museo de Pátzcuaro y de Morelia demuestran cómo el artista tarasco realizó un arte propio, cómo los caballos europeos fueron pintados con interpretación distinta; cómo se estilizaron los barcos y las flores de los mantones traídos en la Nao de China.

Del antiguo arte de la escultura hecha con el material de la caña de maíz y de las orquídeas, surgieron imágenes religiosas como la Virgen de la Salud de Pátzcuaro, la maravilla del Cristo de la Tercera Orden, o los Cristos populares y sangrantes de los pequeños pueblos. Un nuevo tipo de cruz surgió adornada con espejos y estofados de oro.

Los artistas de la pluma de colibrí, bajo la dirección de Quiroga, dieron nacimiento a los mosaicos de plumas, ornamentos, capas pluviales, imágenes religiosas y paisajes de la región. Estas muestras del arte tarasco, salían a Europa y hablaban de un auténtico Nuevo Mundo.

La tradición de los orfebres siguió desarrollándose en Pátzcuaro, los cobreros en Santa Clara del Cobre; la cerámica policromada en Tzintzuntzan, Patamba, Capula, Panícuaro y Santa Fe de la Laguna, las bateas y baúles pintados en Cucupao (Quiroga); en Teremendo y Azajo nació la industria de la curtiduría; las esterres de tule en Ziróndaro e Ihuatzio; la carpintería en Cuanajo; en Paracho los instrumentos musicales y la tintorería; en San Felipe la herrería; en San Juan Parangaricutiro las colchas hechas con el viejo sistema de la patacua o telar primitivo de los tarascos; los deshilados en Aranza; en Nurio la sombrerería. En Pátzcuaro brilló el artesanado en todos sus aspectos: fue el centro de los maestros. Después de la desaparición de la casa de altos estudios de Tiripetió. En Pátzcuaro se encontraban los artistas que hicieron los Cristos de caña; los instrumentos musicales de latón, especialmente las chirimías, las telas, las cobijas; la platería y la industria de las lacas pintadas con pincel, en las cuales se introdujo el oro como motivo decorador, finalmente el vidrio soplado.

Sería largo el hablar de las antiguas industrias que autorizaron el elogio del cronista Larrea; “son eminentes en todos los oficios, de tal manera, que sus curiosi-

dades han recorrido a todo el mundo con aplauso general.”

Para desenvolver la economía de la gran artesanía y para evitar la competencia, Vasco de Quiroga organizó el mercado en diferentes días y en diversos pueblos de su provincia. A Europa se enviaban obras de arte: el Santo Cristo en Telde de las Islas Canarias procede de Michoacán y en diversos Museos se conservan los mosaicos de pluma.

El mercado de Pátzcuaro conservaba todavía su colorido, la variedad de la cerámica policromada; las frutas de tierra caliente y de la fría; el pescado blanco del lago; las verduras olorosas que llevan las indias. Todavía no es el afán de lucro el que lleva a las indias al mercado. Llegan con el deseo de pasear, de platicar, de cambiar sus mercancías. El día de mercado es para los pueblos ribereños, un día de fiesta y alegría. Se encuentran allí cobijas o mantas adornadas con colores vivos que recuerdan la antigua cerámica; telas realizadas en telar colonial, deshilados de Aranza que recuerdan los encajes de Holanda.

Se ha escrito que cuando Cristóbal Colón descubrió la tierra americana, en Guananí, tomó solemne posesión del Nuevo Continente en nombre de don Fernan-

do y doña Isabel. Cada uno de los descubridores y conquistadores españoles siguientes repitieron la ceremonia con igual solemnidad.

Pero los hombres no pueden tomar posesión de la tierra sin que la tierra tome a su vez, posesión de ellos y esta acción recíproca, en virtud de la cual los conquistadores se arraigan en México, viene a ser el proceso que durante tres siglos rige la evolución del imperio español.

Durante estos tres siglos actúan en el seno de las Indias dos fuerzas antagónicas: el anhelo de la sangre blanca por seguir siéndolo, manteniéndose tan cerca como sea posible de España, fuente y origen, y la atracción de la tierra y de las raíces indias, que los ligan con el solar conquistado.

Don Vasco de Quiroga fue español mas su asimilación a estas tierras es tan grande que lo ignoran en su pueblo natal: la Villa de Madrigal de las Altas Torres, en la provincia de Castilla la Vieja.

Es que don Vasco de Quiroga pertenece a México, a Michoacán, desde la época en que se desposó con la pobreza, la fe y la dulzura de estas tierras.

Cuando don Vasco llegó a la provincia, los indios se habían remontado a la sierra, como hemos indicado,

por las persecuciones de Nuño Beltrán de Guzmán. Por la persuasión logró que regresaran a sus pueblos y los reconstruyeran.

Con inquietud colonizadora, fundó curatos y puso las bases de los pueblos de Indaparapeo, Pénjamo, Puruándiro, Chucándiro, Copándero, Huandacareo, Huango y Yuriria.

Siguió en su constante caminar, recorriendo los pueblos: Salamanca y San Miguel, en Guanajuato, recuerdan su protección material y espiritual, lo mismo que Santa Clara del Cobre, Irapuato, Silao, Huaniqueo, Dolores y Valle de Santiago. Hasta el lejano y montañoso Tancítaro, llegó el fatigado Obispo. Fundó el curato de Zamora, juntó a la Ciénaga de Chapala; en el fondo las montañas de Zitácuaro en un pequeño pero magnífico valle caliente: Tlazaxalca. En Hucareo, hasta Santa Fe del Río encontramos su ala protectora.

Solamente este capítulo de la obra de don Vasco requiere de investigación exhaustiva dentro de la historia de Pátzcuaro.

El 10 de septiembre de 1534 se convirtió Pátzcuaro en capital de la provincia, por el empeño del Obispo. Así lo determinó el emperador Carlos V: “ahora hemos mandado que los dichos indios que viven fuera de

poblado se junten en un pueblo. . . es nuestra merced, y mandamos que ahora de aquí en adelante se llame e intitule ciudad de Michoacán”. En ella fundó instituciones como el Hospital de Santa Martha con su iglesia; y patrocinó a los franciscanos en la fundación de su hospital, así como a los agustinos.

En el año de 1540 fundó el Colegio de San Nicolás, dedicado en los primeros años a la enseñanza de jóvenes españoles e indios que no bajasen de 20 años. Se les instruía en latinidad, teología, moral y derecho canónico, a la vez que aprendían la lengua tarasca. Anexó al colegio una escuela en la que se enseñaba a los indios a leer y a escribir. Basta decir, en honor del colegio de San Nicolás, que allí se educaron los caudillos de la Independencia y que la mayor influencia ideológica en el plantel, la constituyó la historia y vida de don Vasco de Quiroga escrita por el Rector Juan José Moreno, maestro de Hidalgo y Morelos.

Fundó el Colegio de Niñas de Santa Martha, para doncellas españolas e indígenas, en donde se amparaban para “librarlas de los peligros del mundo” y se les impartía enseñanza adecuada a su clase y sexo.

El bibliógrafo Beristáin publicó la nota de las trece obras escritas por don Vasco de Quiroga, distinguién-

dose las reglas y ordenanzas para el gobierno de los hospitales de Santa Fe en México y Michoacán, en donde puso las bases de una nueva organización social inspirada en los humanistas del siglo XVI. Anhelaba un mundo de igualdad con raíces claramente indígenas.

Todo gran hombre tiene su leyenda, y la figura de don Vasco está envuelta por el recuerdo y la exaltación popular:

Se recuerda esta leyenda: No había agua suficiente en Pátzcuaro. Era esta una de las principales razones de los vecinos para que no se moviese de Tzintzuntzan la capital del reino. Se dice que el buen Obispo un día, tranquila y silenciosamente, salió del hospital, solo, con su ancho sombrero y su báculo, deteniéndose aquí y allá, para saludar y bendecir a los indígenas, mujeres, hombres y niños que se le acercaban. Al llegar al sitio en donde ahora brota el manantial, dio un golpe con su báculo —que no era de oro, ni de plata— sino de madera, de cualquiera encina de aquellos montes; su báculo que todavía hoy se conserva en la iglesia de la Compañía como una preciada reliquia y brotó entonces el raudal del agua de Pátzcuaro, tan cristalina y tan buena. La leyenda fue recogida por Alfredo Maillfert.

El gran amor de los tarascos por don Vasco y su



recuerdo vivo todavía en la memoria, es notable, sobre todo, en la sierra de Nahuatizen y Paracho: hay un punto en esos caminos que se llama *Obispo Tirecua*, que quiere decir: “Lugar donde comió el Obispo”.

En un camino de la sierra de Uruapan —refiere don Vicente Riva Palacio— se encontraba una especie de altar de cantera de un poco más de un metro de altura y sin adorno de ninguna clase; por delante y al pie de este monumento, el terreno estaba algo hundido formando una pequeña oquedad, al pasar los indios por el sitio tradicional nunca dejan de poner en el hueco de la tierra su propio pie para conservar la reliquia, así surge la evocación del pastor incansable para vigilar sus apriscos. En el templo de la Compañía existía la campana milagrosa de don Vasco, que tenía la singular eficacia de disipar las tempestades y atraer la buena lluvia, su factura india rebela que data del siglo xvi.

Una mancha blanca en un retrato de don Vasco, que se encuentra en el Museo Michoacano, más que efecto de luz o torpeza de un pintor indígena, se consideraba como huella del mal del pinto —la jiricua de los indios— adquirida en los viajes, bautizos y comuniones, prueba del contacto íntimo entre el pastor y sus ovejas. La cara consumida y morena fue requemada

por el aire tórrido y el sol fulgurante completando la asimilación del europeo a la tierra india.

Refería el Abad de la Basílica, señor Rafael Nambo, que durante los largos años de hambre en que el pueblo de Pátzcuaro gemía por falta de maíz y cereales, él imploraba la memoria de don Vasco en el Templo de La Compañía. Agregaba que claramente oía tres golpes y que entonces, optimista, salía a pedir maíz consiguiéndolo siempre para su pueblo.

Después de muerto el apóstol, los indios creían ver por las noches una solemne procesión de espectros que salía de la iglesia de La Compañía, presidida por el difunto, y admiraban un arco de luces desde la tumba venerable hasta el templo de Nuestra Señora de la Salud.

Dicen que a los 95 años de edad emprendió su última caminata rumbo al pueblo de Uruapan; llegó a la Huatopera extenuado, bajó de su mula. Al entrar en la sacristía del pequeño templo colocó su capa negra en lo que creyó ser un cirial atravesado en la ventana. Los indios se postraron de hinojos porque descubrieron que don Vasco había dejado su capa sobre un rayo de luz.

La relación de los milagros efectuados por él forman

su leyenda, aunque efectivamente fue un milagro lo que hizo para salvar a los indígenas de Michoacán.

En el templo de La Compañía de Jesús en Pátzcuaro, existía una pintura que lo representa muerto, pálido y consumido por el cansancio y las grandes vigili-  
as, a los 95 años. “La muerte le atajó las marchas”, según expresión de su biógrafo Juan José Moreno.

Dejó como único patrimonio 635 libros, pasión de su sabiduría y 10 mapas geográficos de las rutas que trazó en Guanajuato y Michoacán.

En 1800, Pátzcuaro era ya la ciudad que conocemos, con algunas modificaciones. Una relación de 1748, nos la describe así: “Está recintada de cerros, forma entrada una calzada ancha, toda de piedra y lo primero que se descubre por el oriente, es una capilla en donde se venera la imagen de Nuestro Redentor Crucificado, y llaman a este sitio El Humilladero, por ser el paraje en que los indios vieron doblar la rodilla a los españoles ante la cruz del Redentor; su iglesia parroquial fue por espacio de 30 años catedral de Michoacán, cuyo nombre le proviene de la laguna, que en su idioma quiere decir: *lugar donde hay pescado*. El templo es de una sola nave, pero sus cimientos se dispusieron para cinco, en forma de una mano y en cuyo estado perma-

nece por haberse trasladado la silla episcopal en camino a Valladolid, y si perfectamente se acabara, fuera obra de las más insignes de la América, pues la única nave que hoy tiene, es por su primor, admiración de los más diestros arquitectos”.

Todavía en esa época se conservaba la gran biblioteca de los jesuitas, expulsados de la Nueva España, pero ya se había trasladado a Valladolid el Colegio de San Nicolás. Ilustraban al pueblo los conventos de San Francisco, San Agustín y San Juan de Dios, conservándose celosamente las bibliotecas que luego desaparecieron.

Pero la plaza se había transformado, plantándose los primeros fresnos y habían desaparecido los viejos deportes de la Colonia, como el “correr cañas”, en que los españoles cubiertos con armaduras recordaban las fiestas de la Edad Media.

Ya existían, sin embargo, la mayor parte de las casas que admiramos: la Casa del Gigante construida por los Condes de Menocal, influenciada por el estilo barroco de la residencia principal del Convento de Las Catarinas, e interpretado por manos indígenas; la Casa de la Aduana Vieja ostentaba sus grandes marcos de piedra de clásico barroco, mutilados posteriormente; la



Casa del Portal Chaparro,\* con sus fuertes pilares de madera, era representativa de los primeros años de Pátzcuaro; en el mismo lugar que conocemos ahora existía el Ayuntamiento y habían desaparecido las Casas Consistoriales; la casa de Don Antonio Huitziméngari lucía su magnificencia interior con rudeza un poco arcaica; la casa de los Iturbe lucía su clásica escalera *chueca*. En la soledad de la gran plaza los criollos se reunían en la casa de los Venicia. Las viejas familias españolas, formadas por hombres rudos, habían educado a sus hijos con sólida cultura y soñaban con la libertad de su patria. Estas reuniones estaban conectadas con las que se verificaban en Valladolid y Querétaro, y su principal animador fue don Manuel de la Torre Lloreda, amigo personal de don Miguel Hidalgo.

Al descubrirse la conspiración de Pátzcuaro, fue tomado preso el Padre Lloreda y enviado a la capital de la provincia en donde fue encerrado en una celda húmeda en el Convento de San Diego. Afirma don Nicolás Lloreda que fue tal la impresión que causó este hecho en el ánimo del señor Hidalgo, entonces párroco del pueblo de Dolores, que fue este uno de los motivos

\* Casa en la cual nació —por singular coincidencia— el Lic. Antonio Arriaga Ochoa.

que lo presionaron para lanzarse intempestivamente a la revolución de la Independencia. Los principales vecinos estuvieron comprometidos en la conspiración; esto se comprueba con el hecho de que cuando fue fusilada doña Gertrudis Bocanegra en el año de 1817, la ejecución se llevó a cabo en la plaza principal, en contra de la costumbre establecida, de efectuar estos actos en la plaza de San Francisco.

Al convertirse México en una nación independiente, la tranquilidad de la ciudad se vio turbada por las guerras de centralistas y federalistas. En 1840 la marquesa Calderón de la Barca visitó la ciudad:

“Sobre colinas y valles

A través de arbustos y zarzales”.

“Pátzcuaro es una pequeña y bonita ciudad, cuyas casas tienen techos inclinados, se parece a una ciudad de Cataluña. Es enteramente diversa de las demás ciudades mexicanas”, escribió la gran escritora.

Desde el cerro de El Calvario, muchas veces hemos admirado el paisaje con el lago en el fondo, de color del cielo según el tiempo nublado o resplandeciente y la hora del día.

Cerro y montañas dan colorido al paisaje —rojo,

blanca la loma, y verdes las otras montañas— envuelto todo en el sol fuerte y vivificante.

El caserío se caracteriza por el color rojo oscuro de sus tejados escalonados, en perpetua rebeldía y en una incesante carrera y un levantarse y un caer. De los tejados se elevan torres, múltiples y distintas en cuanto a forma, edad y significación, coronadas la mayor parte con tejadillos y campanas sonoras que recuerdan el llamado de don Vasco.

La ciudad fue edificada en diversos planos, de acuerdo con la proyección utópica de su fundador. Tras las lluvias invernales, flores de primavera surgen armando los alrededores, entonces las laderas toman el color amarillo fuerte de las flores de los andanes, el blanco de las estrellas, el solferino de los mirasoles. Los jardines, que han conservado la característica de los viejos huertos tarascos, se blanquean por los alcatraces y los floripondios toman color con las rosas de espina. Los grandes fresnos de la plaza intensifican su verde, y la luz vence a todos los colores, la ciudad se mueve bajo la primavera.

Todo palpita y vive, justificando el nombre de la antigua capital del reino tarasco: Tzintzuntzan, “lugar de colibríes”.

Solo es luz emplumada el colibrí,  
luz con alas o mínima saeta  
que las flores se lanzan una a otra  
al corazón de aroma y de rocío.

Se terminó la impresión de este libro  
el día 6 de febrero de 1978 en los  
talleres de la EDITORIAL LIBROS DE  
MÉXICO, S. A. Av. Coyoacán 1035,  
México, D. F. Se imprimieron 1 000  
ejemplares.